

A close-up, high-contrast photograph of a woman's face, focusing on her eyes and lips. Her eyes are closed, and her lips are painted a vibrant, glossy red. The lighting is soft, highlighting the texture of her skin and the sheen of the lipstick. The background is a plain, light color.

Hwang Sok-yong

Shim Chong

La niña vendida

Una odisea sensual, una novela
sorprendente y delicada, basada
en una leyenda popular

NOVELA

Título original: *Shim Chong, Yongkoteu kil*

Publicado en español por acuerdo con Editions Zulma

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o
científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Hwang Sok-yong

© de la traducción: Blanca Riestra Rodríguez-Losada, 2012

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2012

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; telef. 913938888

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-0891-4

Depósito legal: M. 26.587-2012

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	La reencarnación
35	El sueño
53	El comercio
109	Primer amor
147	Al borde del agua
197	El bodhisattva Avalokiteçvara sobre la cabeza del dragón
277	La hija de la lluvia
303	El hombre colgado en el muro y el reloj
351	El Palacio del Mar
403	Los barcos negros
439	La <i>mamasan</i>
491	La sonrisa
497	Glosario

CAPÍTULO I
La reencarnación

Se hundía en los abismos. Ondulaba en lo más tenebroso de las profundidades de la mar, sobre un velo de seda animado por una ligera oscilación. Una especie de muralla se extendía ante sus ojos como si estuviera desplomándose en el vacío vertiginoso de un pozo.

—¡Ay, sálvenme!

El grito no llegó a salir de la garganta de Chong. No había resonado más que en su cabeza. De pronto, tuvo la sensación de colisionar, en medio de un ruido atronador, contra el fondo helado del barranco. Casi de inmediato, ese mismo velo de seda que la arrastraba la empujó hacia arriba. Se dejó llevar suavemente hacia la abertura; el muro de piedra se deslizaba ahora en sentido inverso. Con los riñones arqueados y la cabeza erguida, tocó con la barbilla el cielo, fue propulsada de repente fuera del pozo y aterrizó brutalmente en un rincón.

Oteando entre los párpados entrecerrados, pudo distinguir una minúscula cabina de tablas. Tanteó con las dos manos y no tardó mucho en encontrarse acostada sobre una tosca estera de bambú. El suelo se inclinó, Chong se tambaleaba y acabó dándose contra la pared de enfrente. Una puerta apareció frente a ella.

Tenía en su parte alta una reja rectangular que dejaba pasar el aire. Apoyándose contra el muro inclinado, consiguió acercarse y pudo agarrar el pomo; éste, fijado sólidamente, era de madera y tenía forma redondeada. Chong empujó la puerta, que no cedió más que unos centímetros; un candado debía mantenerla cerrada desde el exterior. Cuando la cabina se inclinó en el sentido contrario, ella se aferró al pomo y, con la otra mano, se agarró a la reja.

Por esta abertura, divisó al fin la parte de delante del barco. Vio las olas rompiendo contra la borda y la espuma azotando el puente. Reinaba la oscuridad. En medio del cielo cubierto de nubes negras divisó algunas manchas más claras. ¿Era temprano por la mañana o se trataba del anochecer? Como su prisión daba directamente sobre una crujía que conducía al puente, vio por un lado la borda y por el otro una pared de madera, pero no vio a ningún ser humano. Las olas que rompían sobre las tablas chorreaban en estelas espumosas que llegaban hasta la puerta.

Dos siluetas aparecieron en el extremo de la crujía. Avanzaban con un paso torpe, apoyándose en las barandillas. Chong soltó la verja y el pomo de la puerta, se dejó resbalar hasta el suelo y se refugió en un rincón. Estaba en cuclillas cuando la puerta se abrió con un golpe sonoro. El viento marino se introdujo en la estrecha cabina. Uno de los hombres extendió una lámpara a la altura de su cabeza y después se dirigió a su compañero en una lengua incomprensible. Los dos penetraron en la cabina. Empujaron la puerta tras ellos y se agacharon. Uno llevaba un sombrero redondo y una chaqueta azul de cuello abierto; el otro, con el pelo recogido en un moño, tenía la frente ceñida con una toalla de algodón blanco. Este último le preguntó en voz baja a Chong:

—¿Has entrado en razón?

Chong permaneció en silencio, ovillada en su rincón.

—¿No me reconoces? Soy yo el que te ha traído hasta aquí.

Ella escrutó su rostro a la luz de la lámpara. Se trataba, en efecto, del comerciante coreano que había visto en el mercado de Hwangju. El chino de la chaqueta azul le susurró algo y el mercado continuó:

—Estás empapada. Toma, ponte esto.

Arrojó a sus pies un paquete de ropa antes de añadir:

—Vamos a salir un momento; entre tanto, cámbiate.

Los dos hombres colgaron la lámpara del pomo de la puerta y se escabulleron. Chong contempló entonces su propio cuerpo: iba vestida completamente de blanco, parecía llevar ropa de luto, y todavía estaba empapada. Deshizo los lazos de la chaqueta corta y después los de la falda. Cuando se hubo quedado en enaguas, pegó las rodillas al mentón para ocultar su pecho y después deshizo el paquete. Se puso el pantalón negro que parecía ropa interior coreana y lo ató a su cintura; después, le tocó el turno a una amplia chaqueta de seda con botones de tela cuyo cuello le llegaba a las orejas. La parte superior del rostro del coreano se dibujó a través de la rejilla:

—¿Qué demonios haces? Venga, espabila...

Ella dobló con cuidado la chaqueta y la falda coreanas de las que acababa de despojarse. Estaba concentrada en reunir las en un cuadrado perfecto cuando la puerta se abrió de nuevo. El chino se inclinó y recogió el paquete con un gesto enérgico. Antes de dejarla salir, el coreano le preguntó:

—¿Entonces, cómo te llamas?

—Chong —respondió ella con una voz apenas perceptible.

—¿Y tu apellido?

—Shim.

—¿Qué edad tienes?

—Quince años.

—Recuerda que, de ahora en adelante, ya no eres Shim Chong.

Ella se cuidó de preguntar quién se suponía que era ahora. El comerciante examinó a la chica silenciosa:

—Termina de vestirme, después seguirás a este señor.

La puerta se abrió de nuevo y el viento se arremolinó ferozmente en la cabina. Cuando se cerró, una penumbra tranquila invadió la habitación. La lámpara había desaparecido al mismo tiempo que los visitantes. A través de la rejilla, Chong vio cómo la luz se alejaba y después desaparecía. Descubrió un gancho metálico sobre la puerta; tras un momento de titubeo, tiró de él y una cortina descendió sobre la rejilla. Una vez ésta estuvo completamente cerrada, la oscuridad fue total. Sentada sobre la esterilla, Chong palpó el suelo en torno a ella. Antes, había percibido en la cabina algunos objetos, como esas dos almohadas de tallos de bambú trenzados. Llevando un poco más allá su exploración, palpó un cesto de paja que contenía un recipiente metálico con una tapa. Chong se oyó pronunciar: «El orinal».

Deshizo los nudos de su ropa interior para sentarse sobre él. Como se retenía desde hace mucho tiempo, un flujo abundante y potente la alivió; parecía que se vaciaba de toda sustancia líquida. Su trasero, fácilmente oculto a las miradas ajenas cuando llevaba falda, era imposible de ocultar con ese pantalón. Aunque no hubiese nadie, se cubrió el trasero con las dos manos.

La seda crujía a cada uno de sus movimientos. La incomodidad experimentada al principio desapareció; se acostumbró y terminó por sentirse muy a gusto.

«Si no soy Shim Chong, ¿quién soy?»

Enseguida llegó el coreano y la condujo hasta la parte delantera del barco por una crujía que atravesaba la curva de la borda. El balanceo hacía que sus pasos fuesen titubeantes. Llegaron a una cabina bastante grande iluminada por varias lámparas con pantallas de tela que colgaban del techo. Había tanta luz como en un salón donde se celebrara una fiesta. Los recibieron dos comerciantes chinos vestidos de seda, tocados con una gorra de la que salía una trenza larga de cabello, así como tres marineros en chaqueta corta. Un pequeño altar estaba instalado contra la pared que daba del lado de la proa; en un par de candelabros de cobre se consumía una vela roja. Delante, sobre una mesa baja, alguien había dispuesto manjares sencillos sobre platos de madera. Había también una taza de arroz y una jarra de porcelana con cuello de cisne y varios vasos. Todos, aquí, cumplían con su papel sin decir palabra, todos parecían saber perfectamente lo que se esperaba de ellos. El chino que había llegado con el comerciante coreano presentó la ropa empapada de la chica. Un marinero la extendió sobre el suelo. Después, depositó encima una especie de gran muñeca de paja que había estado apoyada contra el tabique. El espantajo tenía brazos y piernas de paja sólidamente sujetos al tronco; una gruesa calabaza hacía las veces de cabeza y llevaba ojos, nariz y boca pintados sobre ella. Para que se viese que se trataba de una chica, le habían coloreado las mejillas de rojo y le

habían dibujado una boca pequeñita. El marinero introdujo los brazos de paja por las mangas de la chaqueta de Chong y después le puso la falda. Las piernas, demasiado cortas, sólo llegaban hasta la mitad de la prenda; vestido así, el espantajo tenía toda la apariencia de una figura humana. El mercader coreano cogió un pincel y escribió sobre la ropa: «Ésta es el alma de Shim Chong, nacida a tal hora, tal día, en Hwangju, reino de Haedong». Su compadre se acercó a su vez al figurín y pegó, sobre la calabaza que hacía las veces de rostro, una hoja de papel amarillo decorada con un dragón, con una inscripción púrpura caligrafiada con caracteres chinos. «Que el rey del mar Amarillo se digne aceptar esta ofrenda.» Doblaron por la mitad del cuerpo al muñeco para sentarlo ante el altar y la ceremonia comenzó.

El capitán hizo tres grandes reverencias. Encendió unos palitos de incienso y los levantó por encima de su cráneo antes de fijarlos en el pebetero. Después depositó sobre el altar un vaso que un marinero había rellenado de alcohol, antes de inclinarse de nuevo tres veces. Los mercaderes, uno tras otro, hicieron lo mismo, mientras los marinos se reunían para rendir homenaje al rey del mar. Cuando hubo concluido la ceremonia, todos subieron al puente y se situaron en la popa del barco. El marinero que había acarreado al muñeco bajo el brazo lo alzó sobre él. Los otros se inclinaron para rezar con las manos unidas. Entonces el grumete arrojó la figura de paja al agua oscura. Ésta cayó verticalmente sobre las olas rugientes, que se la tragaron enseguida.

Con el canto del gallo, Chong se despertó en medio de la oscuridad.

«¿Este barco me llevará a mi pueblo?»

Pero no tuvo el valor de abrir la puerta para ver si era así e imaginó que probablemente se había equivocado. El barco oscilaba suavemente ahora, el viento parecía haberse calmado. Aún tenía sueño.

«Hace sólo tres días que dejé mi casa y mi pueblo de pescadores; ¿por qué, entonces, todo me parece tan lejano ya, tan desdibujado?»

Ella creía oír todavía el carraspeo de su padre ciego, en la habitación en tinieblas. Y el ronquido de su madrastra, la Paingdok, que había llegado muy tarde de una ceremonia y dormía extendida cuan larga era sobre el *maru*. En vez de preparar la cena, la buena mujer dormitaba vestida todavía con su traje de chamán, una chaqueta y una túnica estampadas. La arena sagrada y los guijarros, que no se había tomado el trabajo de guardar en el pequeño santuario previsto para tal efecto, yacían en desorden sobre la tarima. Era Chong quien preparaba la comida de su padre con las ofrendas traídas por la vieja Paingdok cuando venía de officiar. Separaba la carne a la plancha, los pescados que debía dorar al fuego, las tortas de maíz y el arroz blanco enfriado que había que recalentar en la marmita. Luego se instalaba delante del fuego donde chisporroteaban las ramas de pino, y terminaba pensando siempre en su difunta madre, fallecida poco después de su nacimiento.

Su padre le recordaba a menudo que su madre la llamaba «el pequeño bodhisattva Avalokiteçvara».

Chong se veía flotando por el cielo sobre un mar de nubes. A lo lejos percibía el palacio con techos de tejas, residencia del Buda y los once bodhisattvas; bajo el mar de nubes se extendían los

pueblos de los humanos. El Buda designó a uno de los bodhisattvas y le dijo: «Si las costumbres de los hombres y de las mujeres son tan disolutas, es a causa de tus pecados. Vuelve al mundo bajo forma femenina y ocúpate de despertar las conciencias».

Con su mano, el Buda Çakyamuni indicó un sendero y un camino de luz se abrió entre las nubes.

Chong percibió un arco brillante encima de una cabaña. Estaba en el fondo de un pequeño pueblo; las casas estaban apretadas unas contra otras, al pie de una montaña. Una mujer dormía, con las piernas dobladas y un brazo debajo de la cabeza que le servía de almohada. Esta escena la había visto tan a menudo que le pareció encontrarse delante de los grabados de un biombo familiar. Un perfume de lila de las Indias saturaba el aire cerca de la pequeña casa, nubes coloreadas planeaban sobre el cielo. El bodhisattva Avalokiteçvara se deslizó bajo el arco de luz, vestido con una túnica celeste tejida con hilos de oro y de plata, con una banda flotando en su cintura y la frente ceñida por una corona de jade; apareció ante la mujer Kwak que acababa de quedarse dormida después de haber concluido un fastidioso trabajo de costura, pues ésa era su forma de ganarse la vida. El bodhisattva cuyo destino era convertirse en Chong le dijo: «Mujer, soy el bodhisattva Avalokiteçvara de los mares del Sur. He cometido faltas y debo reencarnarme en un ser humano. Mi destino es vivir en tu casa. Çakyamuni me ha encargado que sirva al mundo; dígnete, por favor, acogerme, apiádate de mí».

Algún tiempo después de haber tenido aquel sueño, la mujer Kwak dio a luz a una hija pero falleció tras el parto. Shim, el padre ciego de la recién nacida, se vio forzado a llamar a las puertas

para mendigar leche. Antes de exhalar su último suspiro, la par-
turienta le había confiado: «Mi querido esposo, me habría encan-
tado vivir cien años en tu compañía, pero mi destino no me con-
cede más días. Que mi vida se acabe aquí sólo me entristece lo
necesario, pero lo que sí me aflige es dejarte a ti, mi pobre esposo.
Tu destino me apena. Veo el esfuerzo enorme que te cuesta cami-
nar con tu bastón, a tientas; a veces te caes en un agujero, a veces
tropiezas con una piedra, y veo cómo lloras por tu lamentable
condición. Y yo debo abandonar a esta niña que he tenido pasa-
dos los cuarenta años, ¡antes incluso de haber podido darle el
pecho! ¿Cómo harás para alimentar a tu hija sin madre? ¿Con qué
leche la alimentarás? ¿Cómo la vestirás en primavera, en verano,
en otoño, en invierno? Mi querida niñita, el cielo no tiene pie-
dad, los dioses carecen de corazón. ¡Ah! ¡Si al menos hubiese po-
dido tener hijos antes!, ¡si al menos hubiese podido vivir más
tiempo! ¡Morir después de dar a luz a una niña! ¿Qué pecado he
cometido para separarme de ella tan pronto? Querido esposo,
escucha bien esto: le darás el nombre de Chong; en los cajones de
mi armario encontrarás los *norigae* que he confeccionado hace ya
mucho tiempo, pensando en mi futura hija; no olvides dárselos
como regalo y, cuando se case, préndelos en el ojal de su cha-
queta corta».

Cuando era muy pequeña, Chong guiaba a su padre por el
pueblo sujetando el extremo de su bastón.

Cuando la niña tuvo diez años, la tía Paingdok, del pueblo
vecino, se encontró con el padre de Chong en una velada fúnebre
donde se recitaban sutras búdicos. Aquella misma noche, ella se

vino a vivir con él. A partir de entonces, puesto que la tía Paingdok guardaba la casa, la chica pudo ir a trabajar como sirvienta a casa del señor Chang. Por la noche, muchas veces, Chong tuvo que arrastrar a su madrastra hasta la habitación y meterla en la cama, para que no se quedase acostada cuan larga era sobre el gran *maru* después de su jornada de brujería.

Aquel día, antes de irse al trabajo, Chong había ido a preguntar por su padre. Cuando llamó a la puerta, fue la tía Paingdok quien, desmelenada, con la trenza deshecha, se asomó, bostezando hasta descoyuntarse la mandíbula:

—Hoy no vayas a trabajar, tu padre y yo vamos a officiar un funeral, y tú guardarás la casa.

—¿La acompañará mi padre?

—Claro, tiene que tocar el gong y recitar los sutras.

Se fueron los dos de mañana, pero al mediodía, la tía Paingdok volvió sola. Le tendió a Chong unas tortas de artemisa y de polen de pino que le habían dado durante la ceremonia o que había comprado en el camino. ¿Qué había hecho para merecer este gesto amable? La madrastra entró en la cocina, rellenó la marmita con agua de la jarra y después rellenó el hornillo con ramas secas de pino.

—Tía, ¿por qué calienta agua?

—Te voy a llevar a que veas un rito chamánico.

—¿A mí?

Sin decir nada más, la tía Paingdok vertió el agua caliente en un barreño y después llamó a Chong.

—Ven a lavarte el pelo y a bañarte.

Chong, titubeante, había permanecido en el umbral de la cocina. Pero su madrastra la agarró bruscamente por la muñeca.

—Si no quieres que los malos espíritus te ataquen, tienes que estar limpia.

Chong se resistía, sacudía los hombros, apretando los brazos contra su pecho. La tía Paingdok le retorció los dedos, separó sus brazos y terminó por quitarle la chaqueta y deshacer los nudos de su falda. La obligó a bajar la cabeza para deshacer su trenza y lavarle el pelo. Echó un par de cubos de agua sobre sus hombros y la espalda. La restregó con una buena pastilla de jabón de habas rojas que había sacado de no se sabe dónde.

—¡Qué suave es tu piel! —le dijo.

Era la primera vez que le dirigía una palabra amable.

Tras haberla secado con una toalla, empujó a la chica a su habitación:

—Vamos a ir a ver a alguien importante. Vístete con ropa nueva.

Chong sacó de su armario un conjunto —chaqueta amarilla y falda roja— que la señora Shang, su patrona, le había regalado el año anterior para la fiesta de la luna llena y que ella había conservado preciosamente, sin ponérselo nunca. Cogió también un par de calcetines de punta levantada. Después de sacar su ropa interior del armario, rozó con la mano un *norigae*, un pequeño broche de plata con colgantes destinado a adornar su chaqueta corta. Sintió una fuerte emoción, y las lágrimas se derramaron sobre el suelo de la habitación. Dudó un momento, acariciando con la mano aquella joya preciosa que representaba una pareja de patos salvajes, y después la prendió con lazos a su ropa interior.

—¿Qué demonios haces ahí? Sal rápido.

Impaciente, la tía Paingdok empujó la puerta. Descubrió a Chong de pie en medio de la habitación, con sus mejores ropas. Debió de encontrarla espléndida pues la examinó de arriba abajo frunciendo mucho los ojos. «Podrías casarte, se dijo, aunque... ¡casarse no es muy buen negocio! De todas formas, es lo que te va a pasar en cierto modo...»

Chong se dejó conducir por la madrastra. El camino que recorrieron juntas se convirtió para ella en aquel que la separaría para siempre de su pueblo natal. Llegaron a una casa, al fondo de una callejuela, que daba sobre la plaza del mercado. Allí vivía otra bruja que, como la tía Paingdok, enarbolaba la bandera de los chamanes reconocidos.

—Espéranos aquí. Tu padre y yo vamos a buscar a ese señor importante.

Tras dejar a Chong en una habitación, se fue sin siquiera darse la vuelta.

La chamán de la casa y un hombre al que nunca había visto hicieron dos o tres breves interrupciones para echarle un par de ojeadas.

Enseguida la hicieron subir a una silla de manos, con rumbo desconocido. Delante y detrás, dos forzudos sostenían sobre sus hombros la silla, sólidamente amarrada por una cuerda. Como el vehículo se tambaleaba, Chong tuvo enseguida náuseas; vomitó dentro de un jarrón de porcelana azul que habían puesto ante sus rodillas y volvió a taparlo suavemente. De vez en cuando, oía lo que los hombres decían y lo que contestaban las mujeres.

Hacia el anochecer llegaron al puerto. Tras haber dejado a Chong en la habitación de un figón, los porteadores desaparecieron. A través de la puerta cerrada, Chong oía la respiración pode-

rosa de los caballos y de las mulas, el tintineo de los cascos y las risas chorreantes de los hombres; el aroma de pescado lo inundaba todo, y era a la vez fuerte y tentador.

La chamán había seguido el cortejo hasta allí; se introdujo en la habitación y se sentó delante de la chica.

—Escúchame bien. Sabes que, a causa de su enfermedad, tu padre no tiene la vida fácil. La señora Paingdok trata como puede de ocuparse de él, pero, cuando uno es chamán en un pueblo pequeño, gana una miseria: le resulta imposible traer grandes bolsas de arroz a casa. A veces consigue obtener un poco de arroz frío que la gente entrega como ofrenda para la ceremonia. Gracias a eso, consigue apenas no morir de hambre. Por esa razón tu madre y yo hemos decidido casarte en el Gran País de China.

Chong se quedó tan sorprendida que enmudeció. Retorcía entre sus dedos el lazo de su chaqueta corta, lo mordisqueaba manteniendo los ojos bajos. Algunas lágrimas terminaron por caer, una tras otra, sobre el suelo cubierto de papel de arroz poco limpio.

La puerta se abrió de nuevo y entró un mercader. Era un hombre que la chica creía haber visto en el mercado. La chamán le cedió su sitio y se sentó detrás de él.

—Escúchame —dijo el hombre, dirigiéndose a Chong—. Soy un mercader que va y viene entre este lugar y Nankín, en China. Antaño los mercaderes compraban chicas de quince años para ofrecerlas en sacrificio al rey del mar, y conseguir así que éste las protegiera y las guardara de las tempestades. En nuestro tiempo, las costumbres han cambiado, ya no se sacrifican vidas humanas. Sí, es verdad que se hace un *kut*, pero sólo por la forma. Y después, una vez que el

barco ha llegado a buen puerto, la chica que ha venido en el barco es ofrecida en matrimonio a un chino rico. Los mercaderes de Nankín han recolectado trescientos yangs que ya han entregado a tu padre. Sé obediente y déjate conducir cuando te pidamos que lo hagas.

La ceremonia chamán tuvo lugar al día siguiente al alba. Vestida de blanco, con las mejillas y la frente coloreadas y maquilladas cuidadosamente, Chong caminó detrás de la bandera de cinco colores, escoltada por los marineros y los mercaderes. Todos subieron a bordo de una barca coreana con un mástil, que se dirigió hacia un junco chino anclado a buena distancia del puerto. La talla de este barco era imponente: parecía construido mediante varias casas con techo de tejas, que flotasen sobre el agua. Las velas —había varias en la popa y en medio del puente— no habían sido izadas. Instalieron a Chong sobre una tabla en forma de promontorio en la parte delantera de la barca. Todos los que estaban a bordo, los mercaderes, los marineros y la chamán, entonaron la queja de los marineros.

*¡Pobres marinos, pobres marinos!
Bogamos en ataúdes.
El arroz que comemos
es el que se ofrece a los muertos;
la ropa que vestimos
está confeccionada con sudarios.
¡Ved la vida que llevamos!
¿Cómo podemos no lamentarnos?
Empujemos la barca por el agua.
Empujemos la barca sobre la mar infinita.
¡Ogeuyadiya ajá!*

¡Ogeuyadiya ajá!
Los tesoros que circulan, ¡ajá!,
sobre el océano, al sur, al norte,
serán nuestros, ¡cojámoslos, ajá!
Todos al ancla, levantemos el ancla, ¡ajá!
¡Que el barco corra, ajá!
Todos a las velas, icemos las velas, ¡ajá!
¡Ogeuyadiya ajá!
¡Ogeuyadiya ajá!

Con su vela izada a medias, la barca se aproximó a los remos de la alta nave china. Dio primero una vuelta, lo que marcaba el principio del rito. Los encantamientos de la chamán, los gongs, los címbalos y los tambores unían su sonido en una celebración estruendosa. Muñecos de paja y cantimploras que representaban a los espíritus malignos fueron transbordados, junto con ofrendas, sobre un simulacro de barco que fue echado a la mar. Suspendida al extremo de una cuerda, Chong fue descendida a su vez sobre el esquife de paja. Éste no llegó a hundirse, pero el agua se infiltraba por todas partes. La chica sentía cómo las olas heladas cubrían sus piernas poco a poco. Los tambores batieron cada vez más rápido, y la chamán jadeante proclamaba:

¡Rey de la mar, oye nuestras ardientes súplicas!
¡Que el mal derramado sobre este barco
sea purificado por tu intercesión!
¡Envía un viento favorable hasta las mil leguas,
allí donde el navío dejará el mar de Corea

y entrará en el océano inmenso!
Acoge a esta joven señorita en tu seno,
tómala como compañera, como esposa.
¡Ojó! ¡Acógela, es tuya!
¡Ojó! ¡Victoria! ¡La has acogido en tu reino!

El barco de paja empezó a naufragar. Chong, aunque golpeaba el agua con las dos manos, se hundía. Percibió los rayos de sol sobre su cabeza y adivinó que, bajo esos pies que agitaba furiosamente, se abrían los fondos marinos, tan oscuros como insondables. Tiraron de la cuerda y la cabeza de la chica emergió. Se ahogaba, trataba de recuperar el aliento. Apenas ésta hubo alcanzado la superficie, soltaron la cuerda de nuevo de golpe y la víctima desapareció otra vez bajo las aguas. Mientras tragaba agua de mar, vio cómo una señora se presentaba ante de ella, y cómo sus mangas, el vuelo de la falda y las cintas flotaban graciosamente sobre las olas. Chong reunió sus últimas fuerzas para acercarse a ella.

—¡Mamá, mamá, estoy aquí!

Tras haberla sumergido así tres veces seguidas, los marineros tiraron fuertemente de la cuerda para izar fuera del agua a la chica. Ésta había perdido el conocimiento. Felicitándose por el éxito de la ceremonia, tomaron a Chong sobre sus hombros y la llevaron a bordo del enorme junco chino mientras que la barca llevaba a puerto a la chamán y a su séquito.

Habían cumplido con el rito, todo se había realizado según los auspicios más halagüeños y Chong se quedó dormida con un sueño muy apacible.

El ruido que hizo el candado al ser abierto despertó a Chong de un sobresalto. Se sentó con la espalda apoyada a la pared. Alguien había empujado la puerta y entró, pero, a causa del sol que inundaba la cabina, ella no percibió más que una silueta negra a contraluz.

—¿Has dormido bien? Ven, sígueme.

Ella reconoció al hombre por su voz. Fuera, el barco ya no parecía agitado por el viento. Los cúmulos de nubes dejaban ver trozos enteros de cielo azul. Respirando el olor del mar, tuvo la sensación de que a partir de ahora la suerte le sonreiría. Por todas partes, sobre el puente, los marineros estaban manos a la obra. El mercader coreano la empujó para que entrase en la gran sala donde, la víspera, había tenido lugar la ceremonia. Instalados en torno a una larga mesa, tres hombres bebían té. Vestido con una camisa de mangas estrechas, un chaleco con una pequeña borla de seda y un gorro, el piloto estaba sentado en un lado. Los otros dos, frente a él, eran mercaderes chinos. Uno de ellos arbolaba una trenza larga que descendía por encima de su gorra gris. Tenía una barba canosa y llevaba un abrigo de seda con mangas largas, lo que le hacía parecer un poco mayor. El otro, con barba corta, chaqueta negra sobre pantalón ligero, era el mismo que Chong había percibido en el figón del puerto. Cuando Chong y su acompañante entraron en la sala, todos callaron y se volvieron.

—Haz de inmediato una reverencia delante de estos señores —le ordenó el mercader coreano.

Espontáneamente, Chong flexionó las rodillas, y ya se prestaba a hacer una profunda reverencia cuando el mercader la retuvo por el hombro y le dijo:

—No merece la pena, una pequeña inclinación será suficiente.

Los chinos que los observaban se echaron a reír.

—¡Pues bien —dijo el capitán al más viejo de los mercaderes—, el tesoro de vuestro cargamento, esta vez, no es el ginseng sino esta niña!

El joven mercader intervino antes que el mayor:

—Es un encargo especial de Nankín. Vamos a intentar sacarle el máximo partido.

El viejo mercader chino dirigió una sonrisa a Chong:

—Pareces una niña dulce y amable. Puesto que la ceremonia para el rey del mar ya ha tenido lugar, vamos a tener que darte un nuevo nombre.

El coreano exclamó:

—Son ustedes los que deben ocuparse de eso.

—¿Ah, sí? ¿Cómo vamos a llamarla entonces?

Acercando la taza de té a sus labios, el viejo reflexionó y después, sacudiendo la cabeza, dijo:

—¡Llamémosla Lenhwa, «flor de loto»!

El capitán respondió con una gran sonrisa:

—¿Loto blanco o loto rojo? ¡Es que son muy diferentes, aunque sólo sea a simple vista!

—¡Los dos! Llamémosla Lenhwa simplemente. Regístrenla con ese nombre en la lista de las mercancías transportadas —dijo al piloto.

Todo el mundo asintió con un signo de cabeza. Chong no entendía por qué se reían ni de qué hablaban exactamente, pero se daba perfecta cuenta de que la conversación giraba en torno a

ella. Como era la primera vez que estaba de pie delante de una asamblea de hombres, aunque todos tenían de largo la edad de su padre, sintió que el rubor le subía a las mejillas.

—Vamos a despedirnos de ustedes —dijo el mercader coreano.

Con un gesto de la mano, el viejo chino le hizo comprender que podían retirarse.

—Muy bien, Lee, ocúpese de la niña.

Con una mirada, el hombre hizo entender a Chong que debía ahora saludar a la asamblea y retirarse.

—Ven por aquí, sígueme.

Él la precedió por la crujía y la introdujo en una gran cabina donde, sentados en torno a una gran mesa de tablas, varios hombres estaban comiendo. Lo que parecía ser la cocina de abordo estaba abarrotada de hornillos, cacerolas, grandes cubos de agua y muchos otros utensilios. La mayor parte de los comensales eran chinos, pero descubrió a dos coreanos por su peinado: uno de ellos protegía su moño con una especie de capucha, y el otro, con un grosero sombrero de bambú. Aunque ya estaban muy apretados, este último le hizo un poco de sitio y la invitó a ir a instalarse a su lado:

—Siéntate aquí.

El coreano que había llevado a Chong precisó:

—Se llama Lenhwa. No se siente muy bien, tiene náuseas, habría que darle un poco de sopa de arroz.

Le mostró a Chong el sitio que le correspondía, empujándola suavemente por el hombro. Una vez sentada, ésta constató que su acompañante se había ido. La desaparición de aquel rostro que ya le resultaba un poco familiar la hizo sentir aún más sola.

Los hombres en torno a ella picoteaban con largos palillos en los platos dispuestos sobre la mesa, mientras sujetaban su cuenco de arroz con la otra mano. Pero iban tan rápido que Chong esperaba todavía su sopa cuando dos chinos, que ya habían terminado de comer, dejaron la mesa y fueron reemplazados por otros. El hombre con el sombrero de paja le dijo a Chong:

—Me llamo Mateo. Te vi en el figón de Jangyeon.

Chong se sintió más segura en compañía de aquel señor de aspecto tan amable que llevaba una barba sobre la barbilla puntiaguda. Se atrevió a hacerle una pregunta:

—¿Ese nombre se lo han puesto a usted también en este barco?

—No, mi nombre me lo ha puesto Nuestro Señor.

¿Qué quería decir con eso? Misterio. Pero ella no insistió. El cocinero le trajo su cuenco de sopa y verduras precisando con voz sonora algo que ella no entendió. Mateo tradujo:

—Si quieres, puedes pedir más.

Chong se inclinó como signo de agradecimiento. Titubeó, preguntándose cómo hacer para tomar su sopa sin cuchara. No tenía a su disposición más que palillos. Finalmente, tras haber removido el fondo del potaje con sus extremos, bebió del cuenco directamente, con lentitud, a pequeños tragos. Al salir de la cantina, Mateo le dijo al otro coreano del moño:

—Yo me ocupo de ella, tú puedes volver al trabajo.

—Entonces serás tú el que la lleve a su cabina.

Seguido de Chong, Mateo se dirigió hacia la parte delantera del barco y después giró por un pasillo más largo. Había allí una escalera que llevaba a las bodegas. Bajaron hasta el fondo y fueron

a parar a un gran espacio con tabiques cuyo techo estaba equipado con poleas y cuerdas como las que se ven encima de los pozos. En cada compartimento se apretaban las cajas ordenadas cuidadosamente.

—Mira ahí arriba. Encima de nuestras cabezas está el puente de proa del barco, al que podemos acceder por esta trampilla. Por ahí se carga la mercancía. Hay en total cuatro niveles. Arriba de todo se encuentran los graneros, después está el puente y las cabinas de la tripulación, aquí está la bodega para la mercancía y aún más arriba está el compartimento de los víveres.

Bajaron al piso inferior. Había en él una gran cantidad de macetas de madera donde estaban plantados puerros y diversas hortalizas. Aquí se alimentaba a los gallos, a los pollos, a los patos; allá, a tres o cuatro corderos y dos cerdos. Entendió ahora de dónde provenía el canto del gallo que había oído la noche precedente. Y además había una gran cantidad de toneles cuadrados con un tapón de madera. Y también enormes barriles y cantimploras de todas las tallas.

—En alta mar, el agua potable es muy valiosa. Aquí la conservamos, es de aquí de donde la extraemos. Nosotros nos lavamos la cara y los dientes con agua de mar, que cogemos con una cantimplora que descendemos atada a un cabo, pero tú vendrás a lavarte aquí.

Mateo sacó un tapón y dejó correr el agua. Chong la recogió en una cubeta, se lavó las manos y el rostro y se frotó los dientes. Cuando levantó su rostro chorreante, Mateo sacó un pañuelo de algodón de su manga.

—Guárdalo, tengo otros en mi equipaje.

Después de haberse secado el rostro, no se atrevió a devolvérselo; titubeó antes de darle las gracias al hombre con torpeza.

En un rincón de la bodega se encontraban ordenadas las herramientas y los víveres necesarios para la buena marcha de la navegación. Tras haber visitado todos los rincones del barco, volvió a la parte superior escoltada por Mateo. El viento hinchaba generosamente las tres velas y el junco hendía las aguas, se alzaba sobre las olas, se hundía en lo profundo. Chong escrutó a lo lejos, apoyada contra la borda. En el horizonte se percibían dos o tres crestas puntiagudas que parecían pequeñas islas. Mateo miraba también, acodado cerca de Chong.

—Esas islas de allá... quiere decir que llegaremos a China mañana al amanecer.

Después añadió como si hablase consigo mismo:

—Cuando cogí este barco el invierno pasado, venían en él tres pequeñas coreanas como tú.

—¿Adónde las llevaron?

Mateo llevó los dedos de su mano derecha a su frente, a su pecho, a su hombro derecho y al izquierdo, después juntó las palmas y, bajando la cabeza, cerró los ojos. Chong, aunque no conocía el signo de la cruz, guardó silencio.

—Verás, China es un país muy grande, hay mucha gente, hay mercados por todas partes. Si uno va hacia el oeste, dicen que todavía hay otros países. Pase lo que pase, si acoges al Señor en tu corazón, encontrarás siempre el buen camino.

Mateo le enseñó después a rezar al Señor, pero no era muy diferente de lo que ella hacía en su país natal delante de un cuenco de agua, al abrigo del seto de sorgo.

Al día siguiente, al amanecer, las montañas parecían flotar a lo lejos por encima de una bruma espesa. Mástiles, pequeños y grandes, aparecían por aquí y por allá. De pronto, un gran navío surgió y adelantó a su embarcación. El velamen del barco, compuesto de varias partes, se desplegaba, con amplitud, como un pájaro en pleno vuelo; su cubierta estaba agujereada por decenas de morteros desde donde apuntaban los cañones. En la proa se alzaba la estatua de una diosa. Banderas multicolores flotaban en lo alto del mástil principal. Quienes rodeaban a Chong afirmaron que se trataba de un navío venido de Occidente, pero eso no quería decir nada para ella.

Aunque la costa le había parecido muy cercana, hasta el principio de la tarde su barco no recaló en las aguas del estuario del Yangtsé, no lejos de Shanghái, delante de un pueblo de pescadores. Una chalana, maniobrada por varios remeros, se acercó y hasta ella se transbordaron mercancías; después el junco siguió ascendiendo por el río. Llegó a Jinjiang al anochecer. Río arriba, allí donde su curso dibujaba una vasta curva en cuarto creciente, se percibía una gran población. El barco no pudo llegar hasta el embarcadero, que consistía en una estructura de piedras y de troncos, y tuvo que permanecer recalado en la distancia, con todas las velas replegadas. Espesas volutas de humo escapaban de las viviendas en donde se preparaba activamente la cena. Parecía como si se encontrasen en el fondo brumoso de un valle. Numerosas eran las embarcaciones allí amarradas, juncos y sampanes, que se dejaban acunar por el vaivén de las olas. Era tan ancho aquel río que parecía invitar al mar a penetrar profundamente en el interior de la tierra. La montaña de enfrente dábale

impresión de alzarse lejos de la ribera. Innumerables gaviotas sobrevolaban el estuario.

Una parte de los pasajeros, entre ellos los mercaderes coreanos, desembarcaron en Jinjiang. Se descargaron algunas mercancías. Chong tuvo que pasar la noche a bordo. Al día siguiente, muy temprano, el junco aparejó por Nankín, adonde no llegó hasta el anochecer. Los mercaderes chinos que había conocido a bordo la trataron amablemente y le reservaron una habitación agradable en un albergue frecuentado por los comerciantes que circulaban por el río. Una criada, puesta a su disposición, le trajo té y un almuerzo. Una vez acostada, tuvo la impresión de que seguía navegando sobre la mar. Y aunque su inquietud en realidad no se había disipado, durmió profundamente por primera vez desde su partida.

El albergue estaba situado sobre una colina que se asomaba al río. Tras el alineamiento de almacenes del puerto, a lo largo de una carretera se distinguía un rosario de tabernas y de tiendas. Después el camino ascendía por la colina, en donde se agrupaban las viviendas y los albergues.

En la habitación de Chong había una mesa, dos sillas de madera, una cama con cortinas. Una pintura decoraba una de las paredes: representaba a una belleza tocando el *erhu*, el violín chino de dos cuerdas. Si uno empujaba la ventana, cubierta por un visillo, descubría un pequeño patio y el ala exterior del albergue. La otra ventana del lado de la cama daba sobre el techo de la casa vecina y, más allá, sobre el valle del río, donde el junco que había traído a Chong estaba recalado, junto a otras embarcaciones de vela amarradas las unas junto a las otras.

Al final de la comida llegó un palanquín. Un mercader que Chong ya había visto en el barco —de mediana edad y que llevaba una camisa de mangas estrechas bajo una chaqueta— atravesó el patio acompañado de la joven sirvienta. Tras abrir la puerta de la habitación, se dirigió a Chong en chino:

—Lenhwa, tenemos que irnos.

Ella entendió lo que quería decir por sus gestos. Tras echar un último vistazo a la habitación, salió, con las manos tan vacías como a su llegada. Tras entrar en el ala principal del albergue, los olores de la cocina le cosquillearon las narinas. Al mismo tiempo, le sorprendieron los cantos de los pájaros. Unos hombres sentados alrededor de una mesa bebían té. Por encima de ellos, varias jaulas estaban colgadas en las ventanas por medio de ganchos. Había pájaros rojos con alas azules, otros blancos con pico rojo, otros más que eran amarillos y tenían una cresta pequeña. Cantaban todos con voces diferentes. Empujaron a Chong detrás de un biombo. Reconoció al viejo mercader y a otros dos comerciantes acompañados esta vez por un viejo con un gabán. Todos la examinaron con detenimiento, intercambiaron algunos comentarios sobre ella, después el más viejo le indicó que lo siguiese. Ella subió entonces en la silla de manos aparcada delante del albergue. Cuando el viejo cerró la cortina, el palanquín empezó a balancearse al ritmo del paso de los portadores.